

SAT.—(*Aparte a Perfecto*).—¿Por qué han de tener pena?

PERF.—Realmente, no sé por qué han de tenerla ellos, mi querido Saturnino, pero casi estoy por tenerla yo, para no avergonzar al difunto si nos ve desde algún cielo...

SAT.—Si nos ve... ve lo que él ha querido.

PERF.—¡Buena puñalada! De dársela en vida, apresurabas el desenlace.

SAT.—(*Disculpándose*).—Yo no quise decir...

ESCENA XII

DICHOS y DON JOSÉ por la izquierda con JACINTA

JAC.—A ver este caballero que se ha metido en la cocina...

(*Mutis luego*).

CAM.—El tío Pepe.

ERN.—El tío Pepe, que nunca sabe por donde anda.

JOSÉ.—En la puerta me dijeron que pasara y nadie se cuidó de guiarme.

SAT.—La culpa es de quien no le acompañó.

JACOBO.—Mira, Pepe, nuestra sobrina Matilde.

JOSÉ.—(*Yendo a darle una palmadita en la cara*).—Muy guapa...

JACOBO.—(*Haciéndole bajar el brazo antes de que toque*).—Y el señor Sanjuanella.

JOSÉ.—Muy señor mío...

CAM.—Es el albacea.

JOSÉ.—Por muchos años...

JACOBO.—(*Indignado*).—¡Cómo por muchos años, hombre!

CAM.—El tío Pepe no sabe lo que es un albacea.

PAQ.—Está en Belén todo el año...

JOSÉ.—Dispense usted. Llevo sobre mi alma un disgusto enorme. Recibido ahora mismo. (*Lee*). «Consejo Estado niégase concesión totalidad crédito pedido por compañeros. Fiscal propone los parta Rayo».

CAM.—¡Que los parta un rayo!

JOSÉ.—Rayo es el que telegrafía.

PERF.—Y ese disgusto ¿qué disgusto es?

JOSÉ.—Que hemos solicitado del Gobierno un crédito de ochenta mil pesetas para continuar las excavaciones de Cuevaflorida, en donde aparecieron ya unos fósiles admirables. En mi opinión, terciarios, aunque el profesor Roca

sostiene que son cuartenarios; pero yo insisto, porque la formación de los terrenos jurásicos, lo mismo que la de los cretáceos, tanto inferiores como superiores...

CAM.—Tío, que te pierdes.

JOSÉ.—Dispense usted... Y el fiscal propone que se dividan, que se repartan con otras Sociedades que también solicitaron subvención. Yo habría tomado el primer tren si no fuera por esto de la herencia. Pero como los resultados científicos han de ser maravillosos, estoy resuelto a poner esos cuartos de mi bolsillo... vamos, del bolsillo de la herencia.

PERF.—Usted sabrá cómo dispone de lo que le haya dejado su hermano de usted.

JOSÉ.—Lo de mi hermano es bien curioso. ¡Acordarse de nosotros después de treinta años sin vernos ni escribirnos! Yo, la verdad, no pensaba en él.

JACOBO.—Nosotros, sí.

JOSÉ.—Vosotros, sí... pero yo si le veo en la calle no lo conozco, y si le conozco me tiene sin cuidado. Lo heredaré, bueno, porque a eso no le voy a hacer ascos; pero es muy curioso lo de Santiaguito...

JACOBO.—(Apartándole bruscamente).— ¡No digas más necedades, Pepel!

JOSÉ.—(Asombrado).—¿Necedades...?

ANT.—(Acercándose. Aparte a Perfecto).

En tres años se podría duplicar el capital y en cinco, triplicarlo. Y no hablemos ya del interés compuesto, que eso es una delicia.

PERF.—Una verdadera delicia, sí, señor.

ERN.—(Apartando a don Perfecto).—¿Está usted de acuerdo con papá?

PERF.—¿Y usted?

ERN.—Figúreselo. ¿Por qué no me presenta usted a esa Paz?

PERF.—¿Desea usted saludarla?

ERN.—Más. Papá me dijo que es tan guapa...

PERF.—Esas cosas tienen que decirlas los papás. Sí... Le presentaré.

JACOBO.—¿No podríamos ir viendo la documentación? Por curiosidad... y para que se instruyan los niños.

PERF.—¡Angelitos! Sí, que se instruyan. En el despacho está todo.

JACOBO.—Pues vamos. ¡Niños...!

(Van saliendo por la derecha.)

ANT.—¿Avisarán en cuanto llegue el notario?

(Mutis.)

PERF.—Sí, señor.

MAT.—Yo no conozco a nadie en España.
¿Qué abogado le parece a usted...?

PERF.—¿Abogado? ¿Para qué?

MAT.—Para pleitear si se presenta una dificultad o si intentan atropellar mis derechos y robarme...

PERF.—Y hay que esperarlo de la familia...
Me informaré de un buen abogado.

MAT.—Hágalo, sí.

(Mutis.)

JOSÉ.—¿Usted podría anticiparme esas ochenta mil pesetas?

PERF.—¿Yo...? En este momento no las llevo...

JOSÉ.—Búsquelas. Por unos días no me importa pagar un interés fuerte.

PERF.—Ni a mí.

JOSÉ.—¿No le merezco a usted la atención de esa pequeña molestia?

PERF.—Usted lo merece todo. Ser atendido, ser estimado, y hasta... ¿qué le diré a usted...? y hasta ser fósil.

JOSÉ.—(Cogiéndole las manos.)—¡Gracias, gracias!

(Mutis.)

PERF.—(A Saturnino.)—Por lo visto, esto fué un gran elogio.

SAT.—Por lo visto.

(Va a la mesa.)

ESCENA XIII

PERFECTO y SATURNINO

PERF.—(Como hablando consigo mismo; sonriente, pero amargado.)—Y al olor de la carne corrompida llegaron para celebrar festín, con los gusanos que ya la devoraban, las hienas por el suelo y los buitres por el aire.

SAT.—(Acercándose al verle cabizbajo.)—
¿Qué le pasa a usted?

PERF.—Náuseas.

SAT.—Del coñac.

PERF.—No. De los herederos.

(Pausa.)

SAT.—Y eso que usted no se porta muy cariñosamente con ellos. Pero ya sabe usted que no hay peligro de enfado.

PERF.—Si yo fuera capaz de indignarme por algo, me indignaría ahora. En fin, repasemos los papeles.—(Va a la mesa se sienta y bebe de un trago una copa.)—¡Han logrado destemplarme... aunque hice acopio de una buena dosis de filosofía!

SAT.—Con eso no adelanta nada.

PERF.—Nada. Persigamos el equilibrio...

(Bebe.)

SAT.—(Sentado al otro extremo de la escena.)

—Hay que tomar las cosas como son y no como uno le gustaría que fueran, porque eso es imposible de conseguir...

(Pausa.)

PERF.—Habla, habla. No me distraes y puede que te distraigas tú.

SAT.—Después de todo, a nadie le extrañan los egoísmos, ni le deben extrañar, porque si uno no se defiende, los demás se le comen a uno.

PERF.—Saturnino... Decididamente, don Santiago era una gran persona. Deja cinco millones de reales.

SAT.—Sin una trabacuenta y sin una deuda. Y además esta casa.

PERF.—¿Además la casa? Era una gran persona, Saturnino. Y con esta magnífica piñata en perspectiva, los de aquí están con el alma en un hilo, y los de fuera, los hermanitos y los sobri-nitos, vienen como buitres...—(Frotándose las manos de gusto.)—¿Y yo voy a presenciar, reposadamente y en primera fila, cómo escarba el bando y cómo hoza la piara? Yo, don Nadie,

¿voy a ser el árbitro de sus afanes y el espejo de sus codicias?

SAT.—Eso es lo humano.

PERF.—Humano para ellos; para mí, sobrehumano, divino.—(Campanudo.)—¿No es divino que yo, el mísero don Perfecto Sanjuanella, sólo por haber sido nombrado *excelso albacea, contador y partidador testamentario*, me vea repleto de sonrisas y de reverencias... y que en torno mío canten el himno de la adulación hombres y mujeres, hermanos y sobrinos, alcotanes y sabandijas?

SAT.—Don Santiago lo ha dispuesto así.

PERF.—Don Santiago... y los dioses, los alba-ceas del Olimpo, que se hallan en testamentaria también, como nosotros. ¡Bebamos por los dioses, Saturnino! Y ahora permíteme dos consejos: primero, evidentemente, el coñac predispone al lirismo y a la pcesía. No bebas coñac, Saturnino.—(Y él acaba de beberse la copa.)—Segundo, si por fuerza hemos de tener los pies en el lodo, tener un poco la imaginación en las claras regiones de las nubes evidentemente es saludable y necesario para el equilibrio del espíritu. Bebe coñac, Saturnino.

SAT.—No, gracias.

PERF.—(*Llenándole la copa.*)—Considérame estos días como a tu amo, con la sola diferencia de que si yo fuese tu amo lo beberías no estando yo presente. ¡Tómala!

SAT.—(*Bebíendosela.*)—Gracias.

PERF.—(*Abrazándole.*)—Ya le dije a Pacita que tú y yo nos entenderíamos.

(*Recoge la copa, dejándola en la mesa.*)

ESCENA XIV

DICHOS y AMBROSIA que cruza de foro a izquierda, risueña y contoneándose.

SAT.—¿Qué pasa, tú?

AMB.—Mijita.

(*Mutis.*)

PERF.—(*Como la cosa más natural y más sabia.*)—¡Ah, Mijita!—(*Acercándose.*)—La juventud va a encontrarse con la juventud. Que se encuentren a solas: eso tendrán que agradecernos. ¡Llévame a cualquier sitio un momento!

SAT.—¿A dónde?

PERF.—(*Después de pensarlo.*)—¿Hay bodega?

SAT.—Sí, señor.

PERF.—Pues ya tienes una idea.

SAT.—Vamos.

(*Mutis los dos por el foro.*)

ESCENA XV

PAZ y AMBROSIA por la izquierda.

AMB.—(*Mutis por el foro y vuelve con Juan Antonio. Presentándolos muy risueña.*)—La señorita, el señorito y... muy buenos días.

J. ANT.—(*En la puerta, dándole una palmadita.*)—Muy buenos, mujer...

(*Mutis Ambrosia.*)

PAZ.—¿No quieres entrar?

J. ANT.—(*Sonriendo.*)—Vengo de enemigo...

PAZ.—No te creo, Juan Antonio.

J. ANT.—Vengo de heredero, y por pequeña que sea la parte que te arrebate, forzosamente has de mirar con desagrado a quien se la lleve.

PAZ.—Pues te equivocas. De pequeña me recogió caritativamente, y basta que hoy sea la voluntad de quien tanto favor me hizo en vida para que yo me conforme muy gustosa con lo que haya dispuesto. ¿No quieres entrar?

J. ANT.—Todavía un minuto de negocios.

En la forma con que distribuya sus bienes el tío Santiago es posible que nos adjudique a nosotros algo que tú desees conservar por cariño o por conveniencia. Dime lo que sea y te prometo hacer yo, y obligar a que hagan los otros, la cesión de lo que tú me pidas.

PAZ.—Gracias, Juan Antonio. ¿Entras ahora?

J. ANT.—Ahora sí.—(*Saludándola.*)—¿Cómo estás?

PAZ.—Bien, ¿y tú? ¿Por qué has pedido audiencia? Mientras sea mía, esta casa es muy tuya.

J. ANT.—¿Te contesto con sinceridad? Es que traía el temor de hallarte huraña o ensobrecida y de que ya te hubieras tragado el molinillo de la herencia.

PAZ.—Pues no. El molinillo sigue en la espertera.

J. ANT.—¡No sabes lo que me alegro! Porque la verdad, me parece un crimen el que dos muchachos riñan por céntimos. Y aún muchacho y muchacho... ¡pase!; ¡pero muchacho y muchacha pelear por dinero cuando hay tantas cosas preciosísimas por que pelearse... no, Paz, no!

PAZ.—No veo yo grandes preciosidades en ninguna riña.

J. ANT.—¿Y el hacer luego las paces?

PAZ.—¡Ya hablas de lo mismo de siempre! ¿Sigues tan enamorado?

J. ANT.—Sí.

PAZ.—¿De alguna más?

J. ANT.—No, como antes: de todas.

PAZ.—Eso puede que sea malo para una...

J. ANT.—Y en mí también está muy mal hecho. Lo reconozco. Pero en cuanto empiezo a ver ojos bonitos, y perfiles bonitos, y pelos bonitos... y hasta postizos bonitos... ya estoy adorando a las que tienen esas bonituras.

PAZ.—Y a las que no las tienen. A las guapas y a las feas.

J. ANT.—¡A las feas! Pero Dios mío, ¿en dónde estarán las feas que yo no encontré ninguna?

PAZ.—Más vale que tengas ese buen concepto de nosotras.

J. ANT.—¡Como que sois lo único del mundo! ¿Tú quieres nada mejor que reirse un poco con una mujer que se ríe, o con una que está seria a ver si se ríe luego? Y que no lloren ni se aflijan, porque si lloran ya estoy yo desconsolado. No puedo presenciar que ofendan a una mujer sin defenderla y sin enamorarme. Si nazco antes de escribirse el *Quijote* hubiera salido de caballero andante.

32837

PAZ.—Eso ya es un poquito de exageración.

J. ANT.—¡Sí que lo es! Y me preocupa constantemente. Te advierto que lo he consultado con mi médico.

PAZ.—¿Y qué te dijo?

J. ANT.—Que por el momento no es de cuidado.

PAZ.—¿Pero que te pongas en cura?

J. ANT.—Sí, en el de la parroquia. ¿Sabes cómo le llama el doctor a mi enfermedad?

PAZ.—¿Cómo?

J. ANT.—Juventud. Y me recetó años. ¿Y tú no padeces de eso, Paz?

PAZ.—No.

J. ANT.—Pues joven eres. ¿Has tenido muchos novios?

PAZ.—Ni uno.

J. ANT.—¡Bah!

PAZ.—¡Palabra de honor!

J. ANT.—¡Qué cosa tan rara! ¿No hay hombres en el pueblo?

PAZ.—¡No ha de haber!

J. ANT.—¿Y qué hacen esos gagnápiros?

PAZ.—Alguno fué obsequioso conmigo; pero yo tenía que cuidar de la casa y de don Santiago, que en los últimos años se abatió mucho.

J. ANT.—Era bueno. Yo le quería un poco.

PAZ.—Y yo muchísimo.

J. ANT.—Pero las circunstancias ya cambiaron para tí y eres muy dueña...

PAZ.—Ya veremos de lo que soy dueña, Juan Antonio.

J. ANT.—De eso también quería hablarte. Al empezar tu vida independiente, con la fortuna que recibas, si te va bien, mejor para tí; si te va mal, no olvides que soy tu amigo.

PAZ.—Gracias.

J. ANT.—No saldré a tu defensa con yelmo y con lanza, como salía Don Quijote por los campos; pero sí te defenderé con todo mi buen deseo de servirte...

PAZ.—(*Conmovida y cogiéndole las manos*).
—¡Gracias, Juan Antonio, Gracias!

J. ANT.—Pero no te aflijas.

PAZ.—Comprende un poco que por mucho que me domine y que aparente serenidad, hoy es un día de angustia...

J. ANT.—Bien; pero sin afligirte, Pacita, porque si no se concluye inmediatamente el caballero andante y soy capaz de enamorarme de tí. Ya te consta la predisposición lamentable que tengo para eso.

PAZ.—(*Dolida*).—En mi desamparo hacías un gran bien y demostrabas una gran bondad; no la echas a perder con una galantería que en estos momentos me causa más daño que una ofensa...

J. ANT.—¡Eso no! ¡Y sea como tú lo quieres! ¡Yelmo y lanza y caballo escuálido por si he de cabalgar! Soy tu caballero andante si es preciso; si no es preciso no soy nada. Salud, Pacita.

(*Mutis por la derecha*).

PAZ.—(*Que sonreía por la exageración, agradecida*).—Que Dios te lo pague, Juan Antonio...

ESCENA XVI

PAZ, PERFECTO y SATURNINO, por el foro

PERF.—Pacita, se acerca la hora. Cuando llegue, disimule usted las flaquezas de los que llamamos nuestros semejantes, sin que muchos se nos asemejen nada.

PAZ.—No tema usted por mí...

PERF.—Yo también he recobrado la tranquilidad de espíritu. Es increíble que un sorbo de Jerez—éste puede atestiguar que no fué más que un sorbo—me reconciliara tan rápidamente con la Humanidad. El Jerez y yo lo explicamos

todo y lo justificamos todo, porque todo suele quedarse en nada con algo de frialdad que se examine. Mi gran amigo don Santiago de la Iglesia opinaba como yo: en el mundo no hay más que dos cosas verdaderamente necesarias: una, el Sol, porque es la luz y el calor que fecundiza todo lo creado y hace falta para que puedan vivir los hombres; y otra, la Justicia, que hace falta para que los hombres puedan vivir en paz. El resto es superfluo...

PAZ.—¿Y los cariños, los amores...?

PERF.—Superfluos...

SAT.—Y el dinero, la posición social...

PERF.—Superfluos. Sin nada de eso he vivido yo y vive muchísima gente. Claro que está bien tener un amor... y tener una fortuna... y tener un alfiler de brillantes...; pero nada de eso es imprescindible.

PAZ.—¿En pedir esas dos cosas coincidían ustedes?

PERF.—Y discrepábamos en que él llamaba justicia a los actos justos, y yo le llamo justicia a los jueces y a la Guardia civil. Y yo tenía más fe que él—no la fe en los milagros que se coleccionan en libros de cuentos para niños de siete años a setenta—sino la fe en las verda-

des inmutables y demostradas. Yo creo firmemente en la avaricia, en la lujuria, en la ingratitude, en la soberbia...

PAZ.—¡Don Perfecto!

SAT.—¡Don Perfecto!

PAZ.—Tengo la seguridad de que don Santiago no pensaba de ese modo.

PERF.—No. El creía más en la humildad y en la tolerancia, y para demostrarlo riñó conmigo porque le decía esas cosas.

SAT.—Antes debió reñir..., que alguna de las extravagancias de usted aparecen ya en lo conocido de su última voluntad.

PERF.—Ninguna.

SAT.—¿Ninguna? ¡Mandar que al mes nos quitemos los trajes de lujo y nos vistamos como siempre!

PAZ.—Yo obedecí, porque es mi deber el acatar sus disposiciones; pero declaro que he sentido una repugnancia enorme al vestirme así.

PERF.—Pues censuran ustedes lo que es de una gran discreción y en donde ha demostrado un gran sentido estético: él no quiso, y yo le aplaudo, que se repitiera una vez más el espectáculo frecuente y deplorable de ir disformes las caras y los vestidos.

PAZ.—¿Pudo sospechar que no lamentaríamos sinceramente su muerte?

PERF.—¡No, no! Ha creído en el dolor, y en el dolor sincero de ustedes; pero sabía que la ropa suele durar más que el dolor... ¡y ver reír y alborozarse a las gentes vestidas de luto riguroso hace daño a la vista... por lo menos a la vista!

PAZ.—Aun pensándolo así el plazo es demasiado breve.

PERF.—Eso ya es indiferente: tres meses, cuatro meses, cinco meses... lo mismo da, aunque la prudencia se inclina sabiamente al más corto.

SAT.—Y mandar que se repartan socorros a los pobres, exigiéndoles, no que recen por su alma, sino que vayan una tarde de merienda y de baile. ¿Eso es de cuerdo, o de loco, o de qué es eso?

PERF.—¡Pero querido Saturnino a ti te maravillan las resoluciones más sensatas! ¿Dar un día de regocijo y de hartazgo a los que no los disfrutaban nunca? ¡Excelente proyecto! ¿Favorecer el que se diviertan una vez siquiera? Excelentísima demostración de que no hay egoísmo en su ofrecimiento y de que no tuvo la ridícula exigencia de pretender que la Humanidad se des-

consolara por una cosa tan baladí como la muerte de un desconocido.

PAZ.—Perdone usted: más piadoso hubiera sido el pedirles una oración.

PERF.—En mi juicio, no. Valerse del dinero cuando ya no le puede utilizar en otro uso para obligar a unas pobres gentes a que arrimen el hombro y lo saquen prontito del purgatorio es un chanchullo espiritual.

PAZ.—¡Don Perfecto!

PERF.—Y además es perder el dinero. Las oraciones han de llegar a lo alto por el fervor con que se recen y no por la materialidad de pronunciarlas.

PAZ.—Eso sí.

PERF.—Pues créame usted que con el fervor de dos pesetas por cabeza no llega un credo al cielo, ni al cielo raso tan siquiera. Y más ha de valerle un Avemaría de usted, que lo quiso, que no cien mil rosarios de quien no lo conoció, no le importa y lo cotiza a tanto la cuenta.

PAZ.—Eso sí.

PERF.—Celebro nuevamente que coincidamos. Ya ve usted qué fácil es...

PAZ.—Pero eso que usted indicó al final no es de impío.

PERF.—¿Y por qué lo había de ser?

PAZ.—Dicen que usted lo es.

PERF.—Ya sé quién lo dijo. Uno de esos que van ganando con que se crea la impiedad de otros. Y hay que disculparlos, Pacita... El mercado se pone cada día más caro. Discúlpelos, discúlpelos...

ESCENA XVII

DICHOS y JACINTA por el foro

JAC.—Señorita Paz... El notario que trae el testamento.

PERF.—Anuncian huesos y piltrafas para las fieras ¡Pues prontito! ¡Descorred los cerrojos! ¡Abrid las jaulas y que vengan al festín las hienas por el suelo y los buitres por el aire...!

PAZ.—Que pase.

(Mutis Jacinta por el foro.)

PERF.—*(Siguiendo con entonación de grito, pero sin que pueda oírse de la habitación inmediata.)*—¡Hienas! ¡Buitres! ¡Señores...!

(Mutis por la derecha.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA XVIII

PAZ y SATURNINO por el foro el NOTARIO, JACINTA, AMBROSIA, MADEMOISELLE y BLAS; por la derecha, PERFECTO y todos los de la familia.

El NOTARIO y PERFECTO se ponen a la mesa; los de la familia a la izquierda, y los criados, de pie, al foro por la derecha. MATILDE coquetea con JUAN ANTONIO.

PERF.—¿Todos están ustedes conformes en su derecho respectivo y en aceptar el de los demás en cuanto a personalidad? ¿Sí? Lea primero las cláusulas anotadas.

NOT.—(*Leyendo*).—«Primera. Prohibo que se abra mi testamento, que entrego conjuntamente con esta hijuela y en este mismo acto, hasta que se hallen reunidos y presentes mis tres hermanos y mis dos sobrinos o sus apoderados». ¿Están todos, verdad?

JACOBO.—Sí, señor.

PERF.—(*Con sorna*).—Sí, sí...

NOT.—¡Eh..., eh...! «Undécima. Usando del derecho que me concede el artículo mil cuarenta y cinco de la ley de Enjuiciamiento Civil, prohibo toda intervención judicial, y al que promoviere pleito le revoco y anulo en su par-

te de herencia o de legado, acumulándose a la de los restantes. Y nombro albacea, contador y partidador único, relevándole de prestar fianza, a don Perfecto Sanjuanella.—Duodécima. Usando del derecho que me concede el artículo seiscientos once del Código Civil vigente, encomiando al albacea la distribución de las cantidades que dejo a mis parientes, sin que de esta distribución se admita protesta alguna, ya que los herederos voluntarios deberán respetar las reglas que el testador tenga por conveniente fijar para el avalúo y división de la herencia, o autorice a otro para que las fije, según lo preceptuado en el artículo mil cuarenta y seis de la dicha ley de Enjuiciamiento.—Décimatercera. Caso de haber pleito, promovido por los herederos, la renta de la parte que se litigue corresponderá al albacea hasta que recaiga sentencia firme».

ANT.—(*Aparte a Jacobo*).—¡Amarran bien!

JACOBO.—¡Cualquiera pleiteal!

NOT.—¿Hay quien desee reconocer el sobre? (*Lo abre y lee*). «En Villalinda, a tres de Noviembre de mil novecientos trece, yo, don Santiago de la Iglesia y Gómez Franco, hallándome en el pleno goce de mis facultades inte-

lectuales, declaro que esta es mi última voluntad, invalidando y anulando todas las anteriores. Dejo mi alma a Dios y mi cuerpo a la tierra. Declaro poseer en títulos y valores, sin incluir la casa de Villalinda, un capital de un millón trescientas veinticinco mil pesetas. Lego a mi apoderado, Saturnino González, la suma de veinticinco mil pesetas. Lego a Jacinta García otra suma igual de veinticinco mil pesetas...»

JAC.—¡Era un hombre honrado! ¡Pobre señor!

NOT.—«Lego a mis criados Ambrosia y Blas diez mil pesetas a cada uno. Y a los demás sirvientes dos mil pesetas a cada uno de ellos. Todos estos legados se entenderán por una sola vez y libres de impuestos, que abonará la testamentaria».

JAC.—¡Era un hombre honrado!

NOT.—«Lego a la señorita doña Paz del Haro, que vive en mi compañía, la casa de Villalinda con todo cuanto haya en ella al ocurrir mi fallecimiento. Y en el resto de mi fortuna instituyo como herederos a mis hermanos Antolín, Jacobo y José, y a mis sobrinos Matilde y Juan Antonio, rogando y si fuera menester, mandando, a todos y a cada uno, que de su par-

te dejen a doña Paz del Haro lo que ellos quieran».

SAT.—¿Qué más?

NOT.—Nada más. Fecha y firma. El que desee leerlo...

JAC.—¡Pero eso es una canallada.

BLAS.—¡Hay que ir a la justicial

AMB.—¡Jesús, Jesús! ¡Se va a quedar a pedir limosna!

ANT.—¡Silencio!

MAT.—¡Ha dispuesto como le pareció conveniente!

JOSÉ.—¡Y nadie tiene derecho a protestar!

JACOBO.—¡Nadie!

CAM. PAQ. y ERN.—¡Nadie!

JOSÉ.—¡Y nosotros no consentiremos que en esta casa se ofenda la memoria querida de nuestro hermano!

PERF.—(*Aparte a Saturnino.*)—La herencia querida de nuestro hermano...—(*A los criados.*)—Fuera de aquí.

(*Saturnino haciendo marchar a los criados; mutis con ellos por la derecha.*)

ANT.—Enhorabuena, José.

JOSÉ.—Enhorabuena, Antolín.

MAT.—Enhorabuena, Juan Antonio.

J. ANT.—Enhorabuena, Matilde.

(Los hombres se dan las manos; las señoras se besan.)

JOSÉ.—Vámonos a la fonda y hablaremos.

(Abrazándose las señoras y cogiéndose del brazo los hombres; mutis los herederos por el foro; el notario los sigue.)

PERF.—*(Sonriendo.)*—Es curioso el instinto de agrupación que tienen los rebaños, las pjaras y los herederos...

PAZ.—*(Cogiendo ansiosa del brazo a Perfecto.)*
—¿Se marchan todos? ¿Todos?

PERF.—*(Sonriendo.)*—Todos.

PAZ.—¿Y Juan Antonio? ¿El caballero andante?... ¿Mi caballero andante, me deja también?

PERF.—*(Sonriendo.)*—También. A usted le sorprenden las acciones más justificadas. A mí, no. Sé que han de llegar y siempre estoy preparado para recibirlas, porque yo tengo fe en las verdades inmutables. Creo en la avaricia, creo en la ingratitud, creo en la soberbia...

PAZ.—*(Desconsolada.)*—¡Dñ Perfecto!

PERF.—*(Abrazándola y sonriendo.)*—Creo en la Humanidad.

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO